

Los discursos del método histórico

Pedro Ruiz Torres

«La historia de los hijos del capitán Grant -según la opinión de Agnes Heller- ilustra todo lo que tratan la historiografía y la filosofía de la historia»¹. Los tripulantes del barco llamado *Juncan* «comenzaron a hacerse los *investigadores*» cuando, llevados por la curiosidad que sentían por un *extraño objeto*, utilizaron *un método* con el que *buscar* rastros que les llevaran a encontrar mensajes que leer y para *descifrar* los mensajes que les proporcionaba el rastro. A continuación llenaron las lagunas del mensaje y llegaron a una conclusión sobre *lo que había ocurrido realmente* en el naufragio del *Britanny*. De este modo, el saber (*episteme*) del colectivo de pasajeros-investigadores dispuso de un método que lo distinguió de la simple opinión (*doxa*) de los individuos normales y corrientes. Se supone que con dicho método los investigadores son capaces de alcanzar la meta que se han propuesto: averiguar *lo que sucedió realmente*. Este es el *objetivo científico* de los tripulantes del *Juncan* que *comenzaron a hacerse los investigadores*.

En el proceso de investigación, primero se observaron y analizaron atentamente lo que había sido identificado como *documentos*. Después se realizó una *reconstrucción del hecho* con la información que proporcionaba la lectura crítica de los documentos. Sin embargo, la inferencia inductiva a partir de la experiencia con documentos no condujo a la realidad misma. Los pasajeros del *Juncan* no ha-

¹ HELLER, *Teoría de la historia*, Barcelona, 1982, cap. II: «Teoría y Método de la historiografía», p. 74.

bían tornado en cuenta que aunque aparentemente todo encajaba a la perfección, «lo que ellos habían considerado un *hecho* no era otra cosa que la *interpretación* del mensaje» basada en alguna teoría. Elaboraron nuevas *teorías* y con cada una de ellas los datos comenzaron a encajar de nuevo. La única manera de averiguar si las interpretaciones del hecho eran verdaderas consistía en *organizar expediciones* de búsqueda del capitán Grant, con el fin de encontrar al superviviente del naufragio. Para ello hacía falta no sólo curiosidad, sino un cierto grado de implicación personal. En el transcurso de cada viaje-experimento se fueron probando y refutando sucesivamente las diversas teorías que interpretaban el hecho. Pero el *método hipotético-deductivo* tampoco sale bien parado en esta historia. Al final, los pasajeros del *Duncan* encontraron al capitán Grant *por casualidad* y sólo entonces el capitán les explicó el sentido verdadero de los documentos. «Así todo el mundo pudo saber cómo había sucedido verdaderamente la historia.» Si en lugar de viajar por el espacio lo hacemos a través del tiempo, concluye Agnes Heller, «nunca podremos encontrar al capitán Grant *con vida*. Nadie nos *va a decir* qué sucedió realmente y cómo. No hay final feliz, porque no hay, en absoluto, ningún final, mientras el *Duncan* zarpe hacia los océanos del pasado».

En opinión de Agnes Heller la historia del capitán Grant ilustra los pasos de la historiografía en cuanto saber científico. «El primer paso que da la historiografía en cuanto saber científico es descifrar el mensaje que nos da el rastro, o si no buscar rastros que nos lleven a mensajes que leer. Tal proceder tiene que ser *metódico* y *crítico*.» En consecuencia, el primer paso en la constitución de una «historia científica» se dio cuando los historiadores dispusieron de un método para el análisis crítico de los documentos. La «revolución científica» del siglo XVII y el pensamiento de la Ilustración del siglo XVIII habían creado el concepto moderno de método, que podía ser adoptado con éxito con independencia del objeto de investigación y, en consecuencia, extendido también al campo de las ciencias humanas. En este sentido, la historiografía, en su pretensión de convertirse en ciencia, cubrió su primera etapa cuando los historiadores empezaron a creer que disponían de un procedimiento metódico y crítico con el que lograr cierta información sobre lo que «sucedió realmente» en el pasado. El problema del método fue lo primero que se plantearon los historiadores cuando se propusieron convertir la historia en una «disciplina científica».

El concepto de método de los historiadores que relacionarnos con

el nacimiento en el siglo XIX de una «auténtica ciencia histórica»², desde la corriente historicista de Ranke y Droysen³ a la escuela metódica-positivista de Langlois y Seignobos⁴, provenía del que se había elaborado en las ciencias naturales. Los historiadores hacían ciencia en la medida en que sólo buscaban lo que vale la pena de ser buscado, dicho en palabras de Isaiah Berlin, «el descubrimiento de la verdad, de acuerdo con principios y reglas que son lo único que garantiza la verdad científica»⁵. En general todas las ciencias que tienen al ser humano como objeto de estudio, y no sólo por tanto la historiografía, se comprendieron a sí mismas por analogía con las ciencias naturales. Hans-Georg Gadamer ha puesto de relieve hasta qué punto la autorreflexión lógica de las «ciencias del espíritu» estuvo dominada por el modelo de las ciencias naturales y de qué modo, para asegurarse una «buena conciencia científica», aquéllas desarrollaron sus métodos atraídas por dicho modelo. Fue precisamente en este contexto en el que la expresión «ciencias del espíritu» se introdujo en Alemania, no con el fin de reconocer una lógica propia, como a veces se cree, sino al contrario, para desarrollar la idea de una ciencia natural de la sociedad. Lo que incitaba al traductor de J. S. Mili a tomar *moral sciences* por *Geisteswissenschaften* («ciencias del espíritu») era mostrar que el *método inductivo* se encontraba en la base de toda ciencia empírica y, en consecuencia, también era válido en el ámbito humano. En el empirismo británico dicho intento se remontaba al *Tratado de la naturaleza humana* de Hume, publicado en 1739-1740, y había culminado, a mediados del siglo XIX, en la *Lógica* de Mili⁶. La Ilustración francesa, por su parte, «especialmente Condillac y Condorcet, y sus seguidores del siglo XIX -Compte, Buckle, Spencer, Taine- y muchos conductistas, positivistas y fiscalistas modernos, desde entonces, aspiraron a constituir una ciencia de la conducta humana -psicología, sociología- con el mismo método que el de las ciencias naturales»⁷.

² GOOCH, *Historia e historiadores del siglo XIX*, México, 1977.

³ CARRERAS, «El historicismo alemán», en VV. AA., *Estudios sobre Historia de España (Homenaje a Tuñón de Lara)*, L 2, Madrid, 1981, pp. 627-641.

⁴ BOURDÉ y MARTIN, *Les écoles historiques*, París, 1983 (hay traducción castellana, Madrid, 1992).

⁵ BERLIN, «El concepto de historia científica», en *Conceptos y categorías. Un ensayo filosófico*, México, 1983, p. 179.

⁶ GADAMER, *Verdad y método*, t. I, Salamanca, 1977, pp. 31-32; t. II, Salamanca, 1992, pp. 43-49; *El problema de la conciencia histórica*, Madrid, 1993, pp. 47-49.

⁷ BERLIN, *op. cit.*, pp. 181-182.

De esta concepción de la ciencia hemos heredado la idea que expuso Descartes ⁸, según la cual todo saber ha de tener un método, entendido como una forma de proceder para distinguir lo verdadero de lo falso, que se concreta en una serie de operaciones repetidas. El método es un conjunto de reglas de tipo general que los profesionales de una disciplina comparten y utilizan como estrategia para alcanzar el objetivo propuesto. «Los métodos», en plural, tienden a identificarse con lo que llamamos técnicas de cada disciplina. Pero a partir de Bacon y de Descartes, se pensó que la ciencia tenía un método, una estrategia general que se concretaba en un conjunto uniforme de pasos que se repiten y diferencian las disciplinas científicas de las que no lo son. *El programa clásico* sigue considerando que el verdadero factor diferenciador de la ciencia, respecto de lo que no es, debe buscarse en la forma de proceder: *en el método* ().

El supuesto ideológico sobre el que se sustenta ese concepto de ciencia es la confianza en la capacidad de la razón humana para descubrir la verdad de las cosas. Se trata de un supuesto característico del pensamiento moderno y contrario a los principios de la tradición religiosa que imperaba en el viejo orden intelectual. Coherentemente con ello, la *historia científica* del siglo XIX compartió con las demás ciencias la siguiente expectativa: que resulta posible llegar a conocer el mundo tal y como es o, por decirlo en términos de Ranke, que se puede llegar a saber lo que ocurrió realmente. Semejante expectativa implica depositar una confianza ilimitada en la razón humana.

El logro del objetivo científico depende en gran medida de la posibilidad de obtener información verídica a partir de la experiencia. En el caso de los historiadores ello equivale a considerar, como hace Droysen, que «el material de la empirie histórica» es «el gran principio fundamental de nuestra ciencia»: «lo que ella quiere conocer sobre los pasados no ha de buscarlos en ellos, pues los pasados no existen ya en ninguna parte, sino solamente en lo que queda de ellos, cualquiera que sea su forma, y sólo así es accesible a la percepción empírica» ¹⁰.

Una vez obtenida la información «verídica» a partir del análisis crítico de los documentos, se supone que *el razonamiento inductivo* permite obtener los hechos históricos que no son accesibles a la percepción directa, sino que se reproducen imaginariamente en la mente

⁸ DESCARTES, *Discurso del método*, Buenos Aires, 1959.

⁹ FERNÁNDEZ BUEY, *La ilusión del método*, Barcelona, 1991, p. 60.

¹⁰ DROYSEN, *Histórica. Lecciones sobre la Enciclopedia y metodología de la historia* (1857), Madrid, 1983, p. 27.

del historiador. A la hora de interpretarlos, el historiador agrupa los hechos mediante la "síntesis y utiliza la forma de expresión más adecuada —el relato histórico— para dar sentido a la secuencia temporal que debe relacionarlos. El relato histórico no se presenta como un método de investigación, sino como una forma de expresión en la que los hechos descubiertos toman significación como hechos históricos y se representan como tales en el tiempo. Veremos más adelante, sin embargo, que el relato histórico no es visto en nuestros días como una cuestión principalmente de estilo, como una forma literaria de expresión de los historiadores, sino que se ha convertido también en objeto de reflexión metodológica. Pero para que esto llegara a ocurrir tuvo antes que entrar en crisis la concepción empírico-inductivista clásica de la ciencia histórica a que estamos haciendo referencia.

Para una ciencia empírica, tal como se entiende en el siglo XIX, lo más básico y elemental es «buscar rastros» y «descifrar mensajes», dicho en palabras de Agnes Heller. La idea ya está presente en el método de análisis crítico de los documentos que propuso en 1687 el padre benedictino Jean Mabillon en *De re diplomatice*, el mismo año en que Newton escribía sus *Principia* ¹¹. A la búsqueda y análisis de los documentos hay que añadir también lo que Dilthey considera el rasgo más característico de la historiografía de la Ilustración del siglo XVIII: «La aplicación completamente libre de la crítica histórica, que no se detiene ni ante los santuarios más sagrados del pasado, y un método comparado que abarcaba todas las etapas de la humanidad» ¹². Finalmente, en el siglo XIX, tanto la escuela alemana como la escuela metódica en Francia legitimaron la historia como ciencia mediante el recurso al *método empírico-racionalista* que se supone capaz de proporcionar lo que realmente ocurrió en el pasado. La historiografía, como ciencia empírica, se distinguió así de la intromisión de la metafísica, que inspiraba toda construcción filosófica «idealista» de historia universal. La «ciencia de la historia» disponía por fin de un «método científico». El mismo método que Alan F. Chalmers identifica con una vieja opinión sobre la ciencia, la del *inductivismo ingenuo* ¹³ del siglo XIX.

La vieja opinión que considera la ciencia como conocimiento derivado de los hechos de experiencia se encuentra expuesta en la *Historik* de Droysen. En este mismo sentido hay que entender la afirma-

11 GIJAHACINO, SCIPIONE, *Storia: i discorsi sul metodo*, Florencia, 1990.

¹² DILTHEY, WILHEM, *El mundo histórico*, t. VII de los *Gesammelte Schriften*, México, 1978, p. 345.

¹³ CHALMERS, ALAN F., *¿Qué es esa cosa llamada ciencia?*, Madrid, 1984, (2.ª ed.); *La ciencia y cómo se elabora*, Madrid, 1992.

clon de Langlois y Seignobos: «la historia se hace con documentos... Porque nada suple a los documentos y donde no los hay no hay historia». Todo lo que no se haga a partir de semejante premisa empírica no será historiografía, sino saber especulativo, es decir, otra forma «filosófica» de concebir la historia, pero no una ciencia. Sobre semejante base «empírico-científica», sólida en apariencia, el proceso de investigación histórica reproduce el modelo clásico de la ciencia que David Oldroy ha denominado *el arco del conocimiento* ¹⁴. Por inducción, a partir de hechos observados —en este caso «datos verídicos» sacados de «documentos auténticos» y no fenómenos percibidos directamente— se llega a alcanzar «principios científicos». A partir de estos principios se deduce la inteligibilidad de los hechos. El método empírico-racionalista se convierte en el *modelo de «análisis-síntesis»* que reproduce la nueva «ciencia de la historia». Se encuentra en la *Historik* (1857, 1882) de Droysen, superpuesto a un método que el historicismo considera propio de las «ciencias del espíritu» y que enlaza con la vieja hermenéutica. Sin ningún tipo de compromiso con el pasado, es el modelo que inspira la «historia positivista» y que se expone con todo detalle en la *Introduction aux études historiques* (1898) de Langlois y Seignobos ¹⁵.

Sabemos, sin embargo, a qué llevó en la historia del capitán Grant la concepción empírico-inductiva del método. Condujo nada menos que a considerar como un hecho histórico lo que no era otra cosa que una interpretación del mismo a la luz de alguna teoría. En el comentario de Agnes Heller se define la historiografía como saber científico en base al método de análisis crítico de los documentos aplicado a un

¹⁴ OLDROYD, D., *El arco del conocimiento. Introducción a la historia de la filosofía y metodología de la ciencia*, Barcelona, 1993.

¹⁵ DROYSEN, JOHANN GUSTAV, *Historia. Lecciones sobre la Enciclopedia y metodología de la historia*, Madrid, 1983. Parte II: El método histórico: a) El material de la empirie histórica; b) La heurística: fuentes, restos y monumentos. El hallazgo del material; c) La crítica: de la autenticidad, de lo anterior y de lo posterior, de lo correcto, la crítica de las fuentes, la ordenación crítica del material; d) La interpretación: la indagación de los comienzos, las formas de la interpretación; e) La sistemática: el trabajo histórico según sus materias y según sus formas. LANGLOIS, e. V., y SEIGNOBOS, E., *Introducción a los estudios históricos*, Buenos Aires: a) La busca de los documentos (heurística), las ciencias auxiliares; b) Operaciones analíticas: crítica externa (de erudición): crítica de restitución, crítica de procedencia, clasificación crítica de las fuentes, la crítica de erudición y los eruditos; crítica interna: crítica de interpretación (hermenéutica), crítica interna negativa de sinceridad y exactitud, determinación de los hechos particulares; c) Operaciones sintéticas: condiciones generales de la construcción histórica, agrupación de hechos, razonamiento constructivo, construcción de fórmulas generales. El mismo modelo se encuentra en un libro mucho más reciente, el de SALMÓN, P., *Historia y Crítica. Introducción a la metodología histórica* (1969), Barcelona, 1972.

objeto que le es propio y que es *el pasado histórico*. Es cierto que, desde la crítica al «inductivismo ingenuo», entendemos que cualquier observación está guiada por una teoría y que la información obtenida mediante el método empírico-inductivo *encaja* de un modo o de otro según la teoría que hayamos elegido previamente. Pero, en opinión de Agnes Heller, a la historiografía le basta con dos cosas para alcanzar el estatus de *episteme*, en contraposición a la *opinión o doxa*: una *orientación* hacia el conocimiento objetivo del pasado y un *procedimiento* metódico y crítico para buscar y leer documentos que proporcionen cierta cantidad de información verídica sobre lo que sucedió en el pasado. La orientación hacia el conocimiento «objetivo» del pasado no es otra cosa que querer descubrir lo que sucedió realmente, dicho de otro modo, la verdad de las cosas. Por ello el trabajo de los historiadores no debe estar subordinado al «comportamiento pragmático» y al «uso práctico directo». Junto a esta orientación, la historiografía ha de disponer de un método que nos permita la reconstrucción de los hechos ocurridos en el pasado mediante los «rastros» y los «mensajes» que se contienen en el presente de los historiadores.

El *método de investigación*, que Agnes Heller considera propio de la historiografía como *episteme*, por medio del cual, a partir de rastros que contienen mensajes que hay que saber descifrar y «leer», se obtiene la información que necesitamos con el fin de «reconstruir» el hecho histórico, se ha desarrollado mucho desde el siglo XIX hasta nuestros días. La ampliación de las fuentes y el conocimiento de nuevos «métodos»¹⁶, en plena apertura de la historiografía a las nuevas ciencias sociales, han producido en nuestra centuria una auténtica «revolución en los métodos», que no ha llegado todavía a los tripulantes del *Duncan*. Los métodos de la historiografía, con el fin de obtener información de todo tipo de «rastros», se han hecho cada vez más numerosos y complejos. Pero en cualquier caso no dejan de ser *técnicas propias* — y no tan *propias* — de una disciplina si no proporcionan la interpretación de los hechos. Por ello lo que Agnes Heller cree que es típico de los historiadores, esto es, disponer de un procedimiento sistemático que permita «leer mensajes del pasado», no es considerado sin más como el fundamento de un saber científico. Al menos no desde la perspectiva de la interpretación de los hechos. Los métodos, concebidos como técnicas para obtener información «verídica» a partir del análisis y la crítica de los documentos, no importa

¹⁶ Encyclopédie de la Pléiade, *L'histoire et ses méthodes*, París, 1961; CARDOSO, CIRO F. S., YPÉREZ BRICNOLL II., *Los métodos de la historia*, Barcelona, 1976; FLOJID, R., *Métodos cuantitativos para historiadores*, Madrid, 1975.

10 diversos que sean y 10 desarrollados que se encuentren, jamás «reconstruyen» un hecho real a partir únicamente del empirismo y de la lógica inductiva. Como Popper objetó al viejo empirismo, «sólo podemos aprehender y constatar hechos a la luz de nuestras teorías» 17.

En este sentido la investigación histórica no pudo limitarse a analizar los documentos para «reconstruir» el lugar y el momento en que ocurrieron los hechos en el pasado. En la medida en que se propuso como objetivo la interpretación de lo que había sucedido, la historiografía fue más allá de la localización del naufragio en el espacio y en el tiempo. Interpretar un hecho no es afirmar simplemente que ocurrió en tal sitio y en tal año. Es averiguar no sólo cuándo y dónde ocurrió, sino qué ocurrió y en definitiva cómo y por qué ocurrió. Los historiadores no se han quedado en considerar que disponen de procedimientos sistemáticos que les permiten «leer mensajes del pasado». Han debido enfrentarse al problema de la interpretación en el presente de unos hechos ocurridos en el pasado, en definitiva, a la relación entre el historiador y los hechos, entre el presente y el pasado. ¿Con qué método puede la historiografía ir más allá del presente de los historiadores -el presente donde se encuentran los documentos y se interpretan los hechos- para dar cuenta del objeto que le es propio y que es el pasado humano?

La crítica al «inductivismo ingenuo», que había fundamentado la nueva ciencia de la historia básicamente en el análisis crítico de los documentos, no tuvo que esperar en la historiografía a la reacción «antipositivista» de los *Annales*. En la «escuela histórica alemana» del siglo XIX, Droysen planteó objeciones «al ideal rankeano de “objetividad”, que favorecía el “criticismo” a expensas de la “interpretación” como principio hermenéutico» 18. Su fórmula «comprender investigando», con la que distinguió el método histórico del procedimiento experimental de las ciencias naturales, pretendía dar cuenta de las mediaciones a que estaba sujeta la interpretación histórica y el carácter infinito de una investigación, como es la histórica, que no puede contemplar su objeto en sí mismo. En opinión de Droysen, el historiador está separado de su objeto por la mediación infinita de la tradición y unido al mismo tiempo con su objeto a través del carácter comprensible y familiar del mundo moral 19. Dicho de un modo mucho más acorde con la reflexión hermenéutica actual, como hace Cha-

17 *el.* HABERMAS, *La lógica de las Ciencias Sociales*, Madrid, 1988, p.50.

18 WHITE, *El contenido de la forma. Narratividad, discurso y representación histórica*, Barcelona, 1992, p. 105.

19 GADAMER, *Verdad y método*, I, pp. 270-276.

telet, «en tanto que existe una similitud “formal” entre lo que ocurre ahora y lo que se ha producido en otro tiempo, los rastros dejados por *otro tiempo* son *ahora* utilizables, y el pasado, como tal, es conocible; pero, en tanto que existe entre los dos momentos un cambio profundo, esta toma de conocimiento debe rodearse de todas las precauciones para evitar el anacronismo y preservar la diferencia»²⁰.

Por su parte la nueva historia, que se gestó en torno a Berr y la *Revue de Synthèse Historique* a principios del siglo XX, se aproximó a la sociología de Durkheim y a su defensa de la teoría frente a la concepción empírico-inductiva de la ciencia, con el fin declarado de romper con la vieja historia erudita²¹. Los *AnnaLes* siguieron esta otra línea de ruptura con la historia decimonónica que los acercaba a las nuevas ciencias sociales. Pero pretendieron hacer de la historia un nuevo tipo de ciencia. Por ello sus relaciones con las nuevas ciencias sociales siempre fueron problemáticas. Como señala Gérard Noiriel, el interrogante que está en el centro del trabajo histórico de Lucien Febvre -¿cómo llegar a descifrar un pasado irremediamente desaparecido, a partir de los trazos que los hombres pertenecientes a ese pasado nos han dejado?- no encuentra sus antecedentes teóricos ni en Marx ni en Durkheim, sino en Dilthey, uno de los padres fundadores de la hermenéutica moderna²².

Asimismo, en la reflexión de los historiadores acerca de su propio oficio hubo más de un tipo de distanciamiento crítico con respecto a la vieja teoría empírica del conocimiento que presuponia una total separación entre el sujeto y el objeto. Carr, en 1961, en *¿Qué es La historia?*, puso de manifiesto que el objeto de conocimiento resulta de un diálogo constante entre el historiador y los hechos.

El historiador empieza por una selección provisional de los hechos y por una interpretación provisional a la luz de la cual se ha llevado a cabo dicha selección... Conforme va trabajando, tanto la interpretación como la selección y ordenación de los datos van sufriendo cambios sutiles y acaso parcialmente inconscientes, consecuencia de la acción recíproca entre ambas. Y esta misma acción recíproca entraña reciprocidad entre el pasado y el presente, porque el historiador es parte del presente, en tanto que sus hechos pertenecen al pasado... Mi primera contestación a la pregunta de qué es la Historia

²⁰ CHATELET, *Preguntas y réplicas*, México, 1989, p. 51.

²¹ BERR, *¿la síntesis en Historia. Su relación con la síntesis general* (1911 J. México, 1961. ARCANGELI, B., y PLATANIA, M., *Melodo slo/ico e scienze sociali. ¿la Revue de Synthèse Historique (1900-1930)*, Roma, 1981, con una selección de artículos publicados en dicha revista.

²² NOIRIEL, «Pour une approche subjectiviste du social», *Annales, E.S.C.*, 44.ª année, núm. 6 (noviembre-diciembre de 1989), pp. 1442-1443.

será, pues, la siguiente: un proceso continuo de interacción entre el historiador y sus hechos, un diálogo sin fin entre el presente y el pasado²³.

También Henry I. Marrou, en su libro *Del conocimiento histórico* (1975), recogió un diálogo parecido, al afirmar que la contemplación del pasado con ojos racionales que comprendan, aprehendan y en algún sentido expliquen aspira a saber mucho más sobre la época estudiada de lo que pudieron saber quienes la vivieron. El pasado, al transformarse en historia y ser conocido, no vuelve a producirse tal como fue cuando era presente, sino que adquiere una característica específica: es conocido como pasado. Eso significa que el historiador tiene ante sí un objeto de conocimiento que no es como el presente que vivimos ahora, «polvoriento, confuso, multiforme e ininteligible». A costa de perder la precisión del detalle y la riqueza concreta de la experiencia vivida, el historiador quiere elaborar un conocimiento inteligible del pasado que contenga no sólo los hechos y sus causas, sino también sus consecuencias y secuelas.

Quiere elaborar un conocimiento inteligible del pasado, y elevarse sobre el polvo de los hechos pequeños, por sobre las moléculas dispersas cuya agitación y desorden constituyen el presente, y sustituir todo esto con una visión ordenada donde se destaquen las líneas generales, las orientaciones susceptibles de comprensión, la cadena de relaciones causales o finalistas, las significaciones y los valores²⁴.

El discurso del método de la historiografía que rompió en la primera mitad del siglo XX con la vieja historia de Ranke y Seignobos, tanto si se inspiraba en las nuevas ciencias sociales como en la moderna hermenéutica, ya no mostró una concepción empírico-inductiva de la ciencia como la de los historiadores del siglo pasado. Semejante postura empírico-inductiva era la que habían mantenido erróneamente los pasajeros del *Dunean* al principio de su aventura científica, «cuando empezaron a hacerse los investigadores». La abandonaron luego en la segunda etapa de la travesía. Los antiguos y rudimentarios métodos filológicos para buscar rastros y descifrar mensajes, que llegaron al *Duncan* a través del soporte clásico de un texto escrito, con un autor reconocible y una intención manifiesta, no son los que más utilizan los historiadores actuales²⁵. El «documento», en

²³ CAH, ¿*Qué es la historia?*, Barcelona (9.ª ed.), 1979.

²⁴ MAH Hou, ITENHI T., *Del Conocimiento Histórico*, Buenos Aires, 1985.

²⁵ J.E. GOFIO Y NOHA, *Hacer la historia*, 3 vols., Madrid, 1978-1980; J.E. ROY LA-DUHIE, *Le territoire de l'historien*, París, 1973.

sentido muy amplio, puede ser también un banco de datos de informadores anónimos, susceptible de tratamiento cuantitativo. Junto a ello, también ha cambiado mucho la forma de concebir el trabajo científico. La nueva historia es una «historia problema», como no se cansaron de repetir M. Bloch y L. Febvre²⁶. La idea de que en toda ciencia —y, por tanto, también en la historia como ciencia— la observación empírica depende del planteamiento teórico previo es algo que nadie discute desde entonces. Los historiadores saben que los documentos no hablan por sí mismos a menos que se les interroge desde algún punto de vista teórico. Es decir, han aprendido la lección de los tripulantes del *Duncan*. No «reconstruyen» hechos reales con el método empírico-inductivo, sino que *interpretan* mensajes procedentes del pasado a la luz de alguna teoría. Esta es, sin duda, la «revolución metodológica» de la «nueva historia».

Sin embargo, que la historiografía no se haya quedado en el primer nivel de la reflexión metodológica —el de la búsqueda y «lectura» del documento— y que la mayoría de los historiadores no tengan una concepción tan simple e ingenua del trabajo empírico —reducido a la reconstrucción de los «hechos» a partir de la «prueba objetiva» del documento— no significa que el discurso del método de los historiadores haya ido demasiado lejos. La ruptura de la «nueva historia social» con la vieja historia de los acontecimientos —tan importante en otros aspectos— sólo modificó ligeramente la manera clásica de plantear el problema del método. Los historiadores, con pocas excepciones, siguieron concibiéndolo como un problema de *métodos* de «reconstrucción», «representación» o «interpretación» de los hechos históricos, y no como un problema de *teoría acerca del conocimiento histórico*. Eludieron de este modo la reflexión epistemológica, que quedó fuera del campo de sus intereses como historiadores.

En nuestra centuria, la forma de concebir el método científico —o en general los modos de obtener información «objetiva» acerca de las cosas— ha cambiado en relación con el siglo pasado. La postura «inductivista ingenua» dejó paso al reconocimiento de que la «lectura» del documento depende del punto de vista teórico que se adopte previamente. En consecuencia, los datos de la experiencia y los métodos para obtenerlos y analizarlos perdieron interés en favor de las teorías científicas. El «edificio bien construido de la filosofía de la ciencia en los años cuarenta y cincuenta de este siglo», como señala F. Fernández Buey, continuó, sin embargo, fundamentándose en el estableci-

²⁶ BLOCH, *Apologie (et)ur l'histoire ou le métier d'historien*, París, 1949; FEBVRE, *Combats pour l'histoire*, París, 1953.

miento de una línea de demarcación clara entre ciencia y metafísica, ciencia y especulación, ciencia y conocimiento ordinario, que dependía exclusivamente del método concebido igualmente de un modo unitario. Pero ahora no había *un* método inductivo de descubrimiento de teorías o captación de datos, sino que «método en sentido propio es aquel conjunto de operaciones lógicoepistemológicas que permiten validar o justificar las teorías científicas»²⁷.

¿Disponía la historiografía de este tipo de «método científico» en el nivel de la interpretación teórica de los hechos? Fue Popper quien, desde el *programa clásico de la filosofía de la ciencia* -transformado en la primera mitad del siglo XX por la crítica al viejo método inductivo- atacó sin contemplaciones la pretensión de la historiografía de ser una ciencia. Una ciencia -escribe Popper al final de *La sociedad abierta y sus enemigos*- no es solamente una «masa de hechos». En el peor de los casos será una colección de hechos y eso dependerá de los intereses de quien los haya coleccionado, lo que en la ciencia depende de una teoría científica más o menos preconcebida. El método en la ciencia no consiste en escoger hechos que confirmen la teoría, sino en buscar aquellos otros que puedan refutarla.

Esto es.) precisamente, lo que llamamos verificación de una teoría, es decir, la comprobación de que no existe ninguna falla en ella... De este modo, es la posibilidad de desecharla, su falibilidad, la que le otorga, a mi juicio, carácter científico; y el hecho de que todas las pruebas de una teoría sean otras tantas tentativas de refutar las predicciones que se desprenden de la misma nos suministra la clave del método científico²⁸.

A diferencia de la física, en que el «punto de vista» se halla expresado por una teoría susceptible de ser verificada, en la historiografía las cosas no son así. Las teorías científicas *explican y predicen*, para lo cual extraen *deductivamente* un enunciado que describe el suceso y utilizan como premisas de la deducción ciertas *leyes universales*, junto con ciertos juicios específicos o singulares (*condiciones iniciales*). En la historiografía carecemos de teorías unificadoras o, mejor dicho, damos por sentadas todas las leyes universales triviales de que nos servimos, puesto que no tienen interés para lo que pretendemos. Al historiador le preocupan los hechos específicos y su explicación causal, que es también específica. Por ello no tiene teorías científicas, sino tan sólo *puntos de vista*. No hay historia del pasado tal y como ocurrió, sino interpretaciones históricas y cada generación

²⁷ FERNÁNDEZ BUEY, *op. cit.*, pp. 55-56.

²⁸ POPPER, *La sociedad abierta y sus enemigos*, Madrid, 1984, p. 423.

tiene derecho a las suyas propias. La interpretación historicista, según Popper, no se da cuenta de que somos nosotros quienes seleccionamos y ordenamos los hechos de la historia, sino que cree que es la historia misma, la «historia de la humanidad», «la que determina, mediante sus leyes intrínsecas, nuestras vidas, nuestros problemas, nuestro futuro y hasta nuestro punto de vista». Pero la historia no tiene significado porque la historia, en el sentido en que la entiende la mayoría de la gente, la «historia universal» como un todo unitario con sus leyes intrínsecas, no existe. «Sólo existe un número indefinido de historias de toda suerte de aspectos de la vida humana»²⁹.

Dicho de otro modo, y por seguir con el relato de Agnes Heller, *el historiador nunca encontrará al capitán Grant con vida*, lo que se supone que sí puede hacer el científico. El científico, con su método explicativo-predictivo, sólo se mueve en el espacio y no a través del tiempo, lo que le permite utilizar el poderoso instrumento de la experimentación. Pero el historiador debe contentarse con tantas teorías sobre el suceso como puntos de vista vayan surgiendo a lo largo de la investigación. En la historiografía no debe hablarse de método científico, tal como lo concibe Popper, y por ello no tiene sentido plantearse en propiedad ningún discurso del método. El historiador sólo dispone del *viejo método erudito* propio de su disciplina, que le permite reconstruir racionalmente los «hechos» a partir de la «materia empírica» que son los documentos. Pero la ciencia tiene otra forma de concebirse, distinta de la del saber erudito. En comparación con ella, la historia sólo dispone de *un número indefinido de viejos métodos empíricos y de puntos de vista subjetivos* que le permiten elaborar historias «de toda suerte de aspectos de la vida humana».

Lo que plantea Popper es hasta qué punto, una vez abandonado el «inductivismo ingenuo» como base de la ciencia, la historia puede seguir siendo considerada una disciplina científica. La culpa de que no lo sea lo tiene la ausencia de «verdaderas teorías científicas». Cabe pensar que sólo habrá «historia científica» cuando encontremos *el método* que permita el desarrollo teórico de lo que llamamos ciencia; ese otro método que se añade a los métodos o técnicas tradicionales de investigación, porque estos no bastan para convertir a la historia en una ciencia. Así lo pretende el nuevo tipo de «historia científica», en pleno auge en los años cincuenta y sesenta de nuestra centuria³⁰.

²⁹ ПОПЕР, *op. cit.*, p. 430.

³⁰ Véase la defensa de este tipo de «nueva historia» que hace FOGEL, «Historia "científica" e historia tradicional», en FOGEL y ELTON, *¿Cuál de los dos caminos al pasado? Dos visiones de la historia*, México, 1989.

Pero ello crea al mismo tiempo una nueva dicotomía, absolutamente inédita hasta el momento. *Contraponer*, por una cuestión de diferencia de método, la ciencia a la historiografía sólo se justifica desde una concepción positivista de la ciencia que cree que existe una estructura lógico-empírica única, característica del conocimiento científico. La *dicotomía ciencia/historia* resalta las diferencias entre lo que se piensa que es el método científico y lo que se considera que hacen los historiadores, si es que estos disponen de un método propio y no de un conjunto de técnicas procedentes de las más diversas disciplinas.

Frente a semejante intento positivista de hacer de la historia una ciencia, el extremo opuesto es no creer en una «ciencia de la historia», postura que como es sabido ha ganado fuerza a partir de los años setenta y que se presenta como una reacción a los «excesos» de la «historia científica». Esta reacción contra la historia concebida como ciencia no rompe tampoco la dicotomía que acabamos de exponer y sigue la misma idea anteriormente expuesta por Popper: si la historia no es una ciencia, debería descomponerse en un número indefinido de *historias* según los más diversos puntos de vista. Se convierte entonces en lo que F. Dosse ha llamado la «historia en migajas» de la tercera generación de los *AnnaLes*, que abandona por completo la pretensión de globalidad científica mantenida por los fundadores de la nueva historia³¹.

En el primer caso, cuando se quiere introducir el método de la ciencia en la historiografía, el modelo de ciencia que la mayoría de los historiadores no tradicionales toman prestado de las ciencias sociales es el positivista. Si lo fundamental en la ciencia es disponer de *Leyes*, que determinen la sucesión de las formaciones económico-sociales; o de *conceptos* y esquemas ideales que sirvan para explicar deductivamente los acontecimientos; o la capacidad de poner al descubierto la estructura relativamente permanente del proceso histórico —lo que exige dar preferencia a la *Longue durée* sobre el tiempo corto del acontecimiento—, entonces *la ciencia y el método científico se encuentran fuera de la historiografía*. El historiador hace ciencia cuando dispone de las teorías económicas que le proporciona el materialismo histórico o el programa neoclásico de investigación económica; cuando utiliza las teorías sociales del funcionalismo sociológico o la «ciencia social histórica», o cuando sigue las directrices teóricas de la antropología estructuralista.

31 DOSSE, FRANÇOIS, *La historia en migajas*, Valenceia, 1988.

Pese al esfuerzo de los fundadores de los *Annales*, que deseaban convertirlo en el director de orquesta de las nuevas ciencias sociales, con semejante concepción de la ciencia acaban imponiéndose las ideas de Durkheim, Max Weber y François Simiand. Para ellos la ciencia la debían hacer los sociólogos —o podríamos añadir, los economistas, los antropólogos—, puesto que son los que disponen de grandes teorías científicas sobre la sociedad. El historiador se contentaría con recoger los materiales empíricos de los que se sirve el científico social.³² Desde la perspectiva que pone el acento en el proceso de elaboración de una «teoría científica» de la sociedad según un modelo uniforme de ciencia, el problema del método entronca con el proyecto de «una gran ciencia de lo social» que, de distinto modo, esbozaron en el siglo XIX el «espíritu positivo» de Comte y el «materialismo histórico» de Marx y Engels. Por ello no es extraño que los historiadores de los *Annales* quisieran mantener un difícil equilibrio entre la historia y la ciencia. Como señala Jacques Rancière, lo propio de la revolución historiográfica de los *Annales* no es simplemente haber sabido definir los objetos nuevos de la *longue durée*, la civilización material y la vida de las masas y adaptarles los instrumentos nuevos de la lengua de las cifras. Es haber sabido reconocer, en el canto de sirena de la edad cientifista, la amenaza de su pérdida, el dilema oculto bajo la proposición de su cientifización: o la historia o la ciencia.³³

El equilibrio no sólo se rompe cuando se disuelve la historia en una ciencia social. Corre también peligro de romperse a medida que la otra postura, igualmente extrema, suprime el calificativo de ciencia que tenía la historia por lo menos desde el siglo XIX. Como reacción a los «excesos de la historia científica», se reclama una *vuelta a las viejas tradiciones metodológicas*. Habría que abandonar lo que muchos historiadores actuales consideran una absurda pretensión cientifista, la de hacer de la historia una ciencia social. Lawrence Stone, en «El resurgimiento de la narrativa: reflexiones acerca de una nueva y vieja historia», publicado en 1979 en la revista *Past and Present*³⁴, hizo una dura crítica a los modelos deterministas de la historia científica. Al mismo tiempo constató un cambio de intereses en los años setenta, que iba acompañado de la vuelta a la narración. La «vuelta a la narración» se presenta como *la alternativa* a la historia

³² El punto de vista de DIIHKIEMEN y SIMIAND sobre la historia puede verse en DOSSE, *La historia en migajas*, op. cit., pp. 21-25.

³³ RANCIÈRE, *Les noms de l'histoire. Essai de poétique du savoir*, París, 1992, p. 18.

³⁴ Reproducido en el libro *El pasado y el presente* (1981), México, 1986.

científica. Se encuentra unida a la pérdida de las ilusiones puestas en un tipo de historia que había conducido a un callejón sin salida. De ahí que el rechazo a la historia científica vaya acompañado de lo que se considera que es «recuperar» una parte sustancial del viejo método, el «método propio» de la historiografía por excelencia, el más adecuado -según Stone- para «representar» los hechos del «tercer nivel». El «tercer nivel» -la cultura del grupo y la voluntad del individuo como causas y agentes del cambio tan importantes como las fuerzas impersonales de la producción material y de la demografía- interesa cada vez más a los historiadores. Pero para hacerlo inteligible no es necesario, y ni siquiera conveniente, utilizar el método científico. *La narración se concibe como lo contrario del método científico*. Consiste en organizar la materia según el orden continuo de la cronología, algo muy diferente que disponer de teorías de carácter general como las que son propias de la ciencia. Al mismo tiempo la narración se presenta como el método adecuado para estudiar un objeto que cambia constantemente a lo largo del tiempo y del que importa conocer, en cada caso, lo que tiene de único y de individual, con el fin de «reconstruir» toda la complejidad del mismo.

La «lógica de la historia», escribió Thompson en su denuncia de la «miseria de la teoría», es diferente de la lógica de la ciencia. Los conceptos y las interpretaciones de los historiadores muestran una gran elasticidad y admiten muchas irregularidades. «E incluso categorías que parecen ofrecer menos elasticidad —“feudalismo”, “capitalismo”, “burguesía”— aparecen en la práctica histórica no como tipos ideales que se llenan de contenido a lo largo de la evolución histórica, sino como enteras familias de casos especiales, familias que incluyen a huérfanos adoptados y a retoños de la mezcla de razas tipológicas. Por ello la historia no sabe de leyes ni de verbos regulares»³⁵. La historia, considerada como la suma de los productos de la investigación histórica, «cambiará, y deberá hacerlo, con las preocupaciones de cada generación o, por decirlo así, de cada sexo, de cada nación, de cada clase social»³⁶.

Si se parte del supuesto de que la ciencia posee una estructura lógico-empírica uniforme y claramente definida, se llega a dos conclusiones de signo opuesto, tan extremas como las que hemos visto. El «método científico» conduce a una «ciencia social histórica» o a hacer economía, sociología o antropología históricas, pero no a una historia económica y social como la preconizada por los fundadores de

³⁵ THOMPSON, *Miseria de la teoría* (1978), Barcelona, 1981, p. 78.

³⁶ *Ibidem*, p. 70.

los *Annales*. La historia está en inferioridad de condiciones, dado su bajo nivel de «cientificidad», al disponer sólo de antiguas y modernas técnicas de investigación, pero no de teorías científicas sobre los fenómenos sociales. Por el contrario, reivindicar el método propio de los historiadores, que ahora ya no es el de la «lectura crítica» de los documentos, sino el que les sirve para crear artificios literarios del tipo de las narraciones históricas, conduce a pensar que lo específico de la historiografía es «narrar historias *verídicas*». Para contar «historias verídicas», según Paul Veyne, el historiador necesita *reconocer* la «organización natural» de los hechos y comprender esa «mezcla muy humana y muy poco “científica” de azar, de causas materiales y de fines» que constituyen la trama o el tejido de la historia³⁷. Pero ¿se puede defender que la narración es una forma de contar «historias verídicas», como escribe Veyne, de describir los hechos del «tercer nivel», como piensa Stone, o, en palabras de Duby, una forma de exponer lo que se tiene en mente y que requiere un cierto «arte literario»?³⁸ La relación entre la escritura de la historia y la operación de construcción de la trama plantea, como señala Paul Ricoeur en *Tiempo y narración*, la pertenencia de la historia al campo narrativo definido por la citada operación configurante³⁹, y ese otro problema, el de que toda historia es siempre una narración que torna su estructura y su lenguaje de las narraciones imaginarias, parece alejar completamente a la historia del camino de la ciencia.

Paradójicamente, mientras la historiografía de los años sesenta y setenta acentuaba la fragmentación metodológica y la vuelta al relato, lo que la alejaba más y más del modelo de ciencia de Popper, el viejo y aparentemente sólido edificio de la ciencia empezaba a ser demolido por los mismos epistemólogos que se habían dedicado a levantarlo⁴⁰.

El análisis de la estructura formal de las teorías complicó el problema de la «explicación científica». El problema de la «explicación científica» centró la atención de la filosofía analítica de la ciencia, una vez se cuestionó que las teorías, para ser científicas, debían ne-

³⁷ VEYNE, *Cómo se escribe la historia* (1971), Madrid, 1984, pp. 33-34.

³⁸ DUBY, *Diálogos sobre la Historia. Conversaciones con Guy Lardreau* (1980), Madrid, 1988, p. 48.

³⁹ RICOEUR, *Tiempo y narración*, t. *La configuración del tiempo en el relato histórico*, Madrid, 1987, p. 373.

⁴⁰ FERNÁNDEZ BUEY resume, a partir del capítulo segundo de *La ilusión del método*, *oJ. cit.*, la trayectoria reciente que ha producido la demolición del edificio de la ciencia y los problemas que plantea su reconstrucción actual, sobre bases completamente distintas a las de mediados de siglo.

cesariamente formularse en términos de verificación empírica. Con ello, al principio, se pretendió reforzar aún más si cabe el ambicioso programa de una ciencia unificada, que comprendiera también las ciencias sociales y la misma historiografía a partir del modelo explicativo-deductivo. El debate anglosajón sobre la teoría de la historiografía ⁴¹ se suscitó en la filosofía analítica a raíz del trabajo de Hempel *The Functiön of General Laws in History* (1942) ⁴² Y en él participaron, entre otros, Patrick Gardiner-quien en *The Nature of Historiö.al Explanation* (1952) recuperaba la tradición historicista por mediación de Collingwood y su *The Idea of History* (1946) ⁴³—, William Dray [*Laws and Explanation in History* (1957)] -que hacía hincapié en las condiciones de posibilidad más que en las leyes generales- y Georg Henrik von Wright con su modelo de explicación intencionalista expuesto en *Explanation and Understanding* (1971) ⁴⁴. A diferencia de Popper, estos filósofos de la ciencia no le negaron a la historiografía la posibilidad de disponer de teorías y de «explicaciones científicas» específicas.

Paradójicamente, cuando surgía un nuevo concepto menos rígido y más pluralista, que ponía el acento en las distintas formas de la estructura lógica y metodológica de la ciencia, el esfuerzo por plantear el problema del método en la historiografía se movía en torno a un concepto de ciencia ortodoxamente positivista. Como señala P. Rossi, la discusión sobre teoría de la historiografía, que se suscitó en el campo de la filosofía analítica de la ciencia, condujo al abandono de la unidad del modelo de explicación nomológico-deductiva, postulada por Hempel en 1942, y al reconocimiento de la pluralidad de modelos explicativos en el interior mismo de la ciencia. También ofreció una alternativa, en términos «narrativistas», a la teoría analítica de la historiografía, a partir de las ideas expuestas primeramente por John Dewey y desarrolladas más tarde por Gallie, Danto y White, aunque sin referencia a la lógica de Dewey. En todo este debate epistemológico, en el que se sitúan libros como el de Philip Bagby ⁴⁵ y el de Walsh ⁴⁶, los historiadores se sintieron poco inclinados a partici-

⁴¹ PIETRO ROSSI, en su introducción al volumen colectivo *Teoria della storiografia oggi* (3.ª ed.), Milán, 1988.

⁴² Reproducido en HEMPEL, C. G., *La explicación científica. Estudios sobre la filosofía de la ciencia*, Barcelona, 1988.

⁴³ COLLINGWOOD, *Idea de la historia*, México, 1952.

⁴⁴ WHICHT, GEORG TI. VON, *Explicación y comprensión*, Madrid, 1979. La polémica que suscitó, en TINTIKKA y otros, *Ensayos sobre explicación y comprensión*, Madrid, 1980.

⁴⁵ BAGBY, *La cultura y la historia* (1958), Madrid, 1959.

⁴⁶ WALSH, *Introducción a la filosofía de la historia* (1961), México, 1968.

par. No vieron que lo que se discutía era precisamente el final de una concepción lógico-positivista de la ciencia y, por tanto, el concepto clásico de disciplina, que quedó sensiblemente modificado a medida que se cuestionaba una concepción única y uniforme del saber «objetivo».

Por otra parte, al menos desde la publicación en 1962 de *La estructura de las revoluciones científicas*, de Kuhn ⁴⁷, la imagen concreta de la ciencia, situada en sus correspondientes contextos sociales e históricos, sustituyó a la reconstrucción idealizada que se preocupaba por fijar de un modo abstracto el problema del método científico y lo identificaba con la lógica de producción de teorías empíricamente comprobables. En las teorías científicas hay también creencias relacionadas con visiones generales del mundo o con alguna metafísica particular que resultan determinantes y hacen difícil la comparación de las mismas en algún aspecto que, sin embargo, es esencial para pronunciarse en favor de una de las que están en pugna ⁴⁸. En el positivismo empírico-lógico se supone que una ciencia puede aportar la base para un conocimiento seguro con la ayuda de los resultados de la lógica moderna. Esta afirmación tiene un mensaje político anexo: una «ciencia de la sociedad», concebida del mismo modo que la ciencia de la naturaleza, sería capaz de conseguir un sistema social armónico y estable. Pero del mismo modo que la dimensión política del programa positivista ha resultado cuestionable, también lo ha sido su plan para la construcción de una ciencia unificada basada en la unión entre lógica y empirismo.

Por ello hoy sabemos que «la reconstrucción racional “estática” de la ciencia producida por los positivistas lógicos eran estructuras artificiales, irreconocibles para quienes en realidad practicaban la ciencia» ⁴⁹. No existe un único método científico que permita la adquisición de conocimiento cierto y seguro. En palabras de Oldroyd, lo que consideramos ciencia es «una unión fructífera constante entre elementos “disciplinados” e “indisciplinados”, una oscilación o juego dialéctico entre “orden” y “anarquía”, y un producto o combinación de elementos tanto “objetivos” como “subjetivos”» ⁵⁰. Hay diversas

⁴⁷ KUHIN, THOMAS S., *La estructura de las revoluciones científicas*, México, 1975. Ideas en este sentido ya habían sido expuestas con anterioridad por FLECK en *La génesis y el desarrollo de un hecho científico* (1935), Madrid, 1986, un año después de la *Lógica de la investigación científica* de POPPER, pero cayeron en el olvido hasta que las recuperó KUHIN a principios de los sesenta.

⁴⁸ Como reconoce LAKATOS en *La metodología de los programas de investigación científica* (1978), Madrid, 1982, p. 44.

⁴⁹ OLDROYD, *op. cit.*, pp. 548-549.

⁵⁰ *Ibidem*, pp. 551-552.

formas de racionalidad científica que son valoradas de distinta manera en sus contextos históricos y culturales respectivos. Una perspectiva sociológica, histórica y pluralista de la ciencia, como la que tenemos hoy en día, no defiende que existan categorías fijas y definidas del entendimiento que permanezcan inalterables en cualquier tipo de sociedad y de una época a otra. Por otra parte, un programa epistemológico que descansa sólo sobre una base empírica es incorrecto, como ya indicó Kant en el siglo XVIII. La idea de que la experiencia sensible pueda constituirse en «evidencia última válida» quedó recusada desde que Kant puso de relieve los elementos categoriales de nuestra percepción. En el mismo sentido Hegel, Peirce, Husserl y Adorno «han demostrado desde distintos ángulos -como señala Habermas- que no existe un saber no medido»⁵¹.

Por esta razón tiene poco sentido discutir si los historiadores hacen o no ciencia tomando como referencia el modelo de ciencia y la idealización del método científico que algunos epistemólogos elaboraron a mediados de nuestra centuria. Este modelo de ciencia es precisamente el que ha sido sometido a una dura crítica por la nueva filosofía de la ciencia, a partir de los años sesenta⁵², y el que mucho antes había empezado a ser cuestionado por los propios científicos. Quizás por ser consciente de este cambio, Bloch fue capaz de romper con la dicotomía ciencia/historia para buscar una salida; una salida distinta, es cierto, del subjetivismo hermenéutico de L. Febvre, pero mucho más alejada de la problemática durkheimiana de lo que piensa Noiriél⁵³. Para Bloch la atmósfera mental de los años cuarenta no era la misma de antes. «La teoría cinética de los gases, la mecánica einsteniana, la teoría cuántica han alterado profundamente la idea que todavía ayer se tenía de la ciencia. No la han empequeñecido, pero la han hecho más flexible.» Han sustituido «lo cierto por lo infinitamente probable; lo rigurosamente mensurable, por la noción de la eterna relatividad de la medida». Desde ese momento estamos mejor preparados para admitir que aunque no tengamos leyes inmutables, un conocimiento puede pretender el nombre de científico. Aceptamos más fácilmente hacer de la certeza y del universalismo una cuestión de grados. «Ya no nos sentimos obligados a tratar de imponer a todos los objetos del saber un modelo intelectual uniforme, tomado de las ciencias de la naturaleza física, puesto que incluso aquí

⁵¹ HABERMAS, *op. cit.*, p. 48.

⁵² MUGUERZA, «La crisis de la filosofía analítica de la ciencia», *Cuadernos Económicos de ICE* (Información Comercial Española), núm. 3-4 (1977), pp. 7-45; BROWN, *La nueva filosofía de la ciencia*, Madrid, 1983.

⁵³ NOIRIEL, *op. cit.*, p. 1444.

estos modelos han dejado de aplicarse como un todo. No sabemos todavía demasiado bien qué pasará más adelante con las ciencias del hombre. Pero sabemos que para ser una ciencia, obedeciendo las reglas fundamentales de la razón, la historia «no habrá de renunciar a su originalidad, ni tener que avergonzarse de ello»⁵⁴.

Con una concepción menos rígida de la ciencia que la del modelo positivista, se comprende que Agnes Heller no introduzca en su historia del capitán Grant la dicotomía historia/ciencia que hemos encontrado en la reflexión metodológica de los años sesenta y setenta. Esta reflexión, en el caso de los historiadores, estaba muy marcada por la referencia al *programa clásico* de la ciencia, pero el planteamiento filosófico de Heller es muy diferente. La recepción de los mensajes, la interpretación de los mensajes y el dar sentido a los diversos testimonios, relacionándolos entre sí en el marco de una teoría, presupone, como había afirmado Kuhn, una concepción del mundo que es anterior a todo ello y que se encuentra presente no sólo cuando el historiador construye una teoría, «sino cuando se embarca en el océano del pasado»⁵⁵. Hay varios tipos de teorías, más particularistas y más generales, sobre acontecimientos, instituciones y fenómenos económicos, sociales o culturales, tal como el debate analítico sobre la estructura lógica de la ciencia ha puesto de relieve. Pero este tipo de teorías son para Heller «teorías aplicadas» que dependen en gran medida de la «alta teoría». En el caso de la historia, la «alta teoría» la proporciona «una filosofía sobre la historia, y no *de* la historia; una *teoría de la historia*» en tanto que saber o *episteme*⁵⁶.

La filosofía, concebida como «metaciencia», cubre ahora también el campo de un saber científico como es la historia y se convierte en este modo en *metahistoria*. Por ello Agnes Heller se ve obligada a introducir en el relato sobre los hijos del capitán Grant un nuevo personaje, Jacques Paganel, que no forma parte de la comunidad científica de investigadores, pero que es el que proporciona *la teoría de la historiografía*. Jacques Paganel no trajo nueva información, ni ningún hecho nuevo, sino que organizó los hechos según una determinada filosofía. No trató exclusivamente del pasado, sino del pasado, del presente y del futuro. Esta manera de teorizar, según Heller, es *filosofía de la historia*, no en el viejo sentido de especulación metafísica, sino en el de *metadisciplina sobre el conocimiento histórico*.

⁵⁴ BLOCH, *Apología de la historia*, cita de la traducción catalana, Barcelona, 1984, p. 19.

⁵⁵ HELLER, *op. cit.*, p. 129.

⁵⁶ *Ibidem*, p. 182.

De este modo nos encontramos ante una nueva dicotomía, como muestra el relato de Agnes Heller. Ahora no se trata de la vieja contraposición entre *ciencias del espíritu* (ciencias de 10 particular que hacen uso de la comprensión, del *verstehen*) y *ciencias de la naturaleza* (ciencias que buscan descubrir las leyes universales y para ello utilizan la explicación, el *erklaren*). Tampoco tiene mucho sentido diferenciar, como si fueran dos cosas completamente distintas, *el método de la historia* y *el método de la ciencia*, puesto que hay una gran pluralidad de concepciones metodológicas que caben dentro de lo que denominamos «saber científico». Pero si estas viejas contraposiciones han dejado actualmente de tener sentido, una nueva dicotomía se ha instalado en el interior mismo del saber histórico. Esta nueva dicotomía se manifiesta en la distinción entre el saber teórico-aplicado de la comunidad científica de historiadores y un saber que se supone propio de la filosofía, un saber que define una nueva filosofía *sobre* la historia, una *teoría de la historiografía*.

Detrás de la necesidad de distinguir, como hace Helge Kragh, un significado del término historiografía (1-12) que se identifica con los tratados sobre los acontecimientos del pasado (H1) en cuanto escritos por los historiadores profesionales, de otro significado (H3) que quiere decir teoría o filosofía de la historia, es decir, reflexiones teóricas acerca de la naturaleza del conocimiento histórico⁵⁷, se encuentra la misma apelación a la «metateoría». Es la filosofía *sobre* la historia que encarna el personaje de J. Paganel en la tercera y última parte de «los hijos del capitán Grant». En el caso de Heller, su filosofía entronca con la *teoría crítica* de la Escuela de Frankfurt y con el intento de armonizar a Popper con Kuhn. Pero hay otros tipos distintos de «metateorías» que compiten en el tercer nivel de la «alta teoría» y, entre ellas, algunas se alejan completamente del «discurso del método» de la ciencia, como ocurre con la «hermenéutica de la experiencia» de Gadamer, la «poética del relato» de Ricoeur o la «teoría del discurso narrativo» de White⁵⁸.

Con semejante división del trabajo, los historiadores profesionales se caracterizarían por dedicarse a estudiar el pasado y a exponer los resultados de su investigación. Continuarían en general con los problemas clásicos del método de indagación a partir de los documentos, de la verificación empírica de las «teorías» y de la exposi-

⁵⁷ KRAGH, *An Introduction to the Historiography of Science* (1987), traducido como *Introducción a la historia de la ciencia*, Barcelona, 1989, pp. 33-34.

⁵⁸ GADAMER, *Verdad y método*, op. cit.; RICOEUR, *Tiempo y narración*, op. cit.; WHITE, *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, Baltimore, 1973; *Tropics of Discourse*, Baltimore, 1978.

ción de los resultados en discursos narrativos más o menos formalmente bien escritos. Su propia práctica científica lo confirmaría.

Los historiadores —ha escrito Samuel— no son dados... a la introspección sobre su trabajo y... evitan la exposición general de sus objetivos. Tampoco teorizan sus investigaciones... Cuando se enfrentan a dificultades conceptuales buscan instintivamente los «hechos» y, en vez de malgastar tiempo en especulaciones filosóficas, prefieren poner manos a la obra. Ante todo se consideran a sí mismos como investigadores oyentes atentos y observadores minuciosos, guiados por una simpatía imaginativa hacia el pasado y una percepción intuitiva de sus vestigios manuscritos y materiales. La investigación se formula en términos de datos que se conocen más que del fenómeno que debe explicarse y luego prosigue el argumento por inferencia y por medio de ilustraciones. En la medida de lo posible, la interpretación toma cuerpo en los «descubrimientos»: esto es, la selección e interpretación de los hechos. A éstos se les considera relativamente libres de problemas: siempre y cuando el investigador emplee suficiente diligencia en la recopilación de los mismos, a la larga saldrá a la superficie lo que ocurrió «realmente». Los problemas de la historiografía —es decir, de la construcción del conocimiento histórico— por lo general se dejan al cuidado de los filósofos, mientras que los historiadores defienden su causa, como dijeron los fundadores de los *Annales*, «no por medio de artículos metodológicos y disertaciones teóricas, sino recurriendo a ejemplos y hechos»⁵⁹.

En general los historiadores darían por supuesto que existe algo así como «unos métodos», con los cuales se legitima una disciplina que no todos, sin embargo, llegan a considerar una ciencia. Hablan de *los métodos*, en plural, de que se sirven para su trabajo técnico-empírico y raras veces sus reflexiones en este sentido llegan a rozar el terreno epistemológico «propio de los filósofos». De este modo dos universos de conocimiento, en palabras de Roger Chartier, desconocidos el uno del otro, habrían establecido una distancia que hoy parece infranqueable. Por un lado, la historia de los historiadores no reconoce casi nada de sus prácticas y de sus problemas en el discurso filosófico que plantea en abstracto los problemas del conocimiento histórico y caracteriza de un modo global este tipo de conocimiento. Por otro, la historia de los filósofos no suele hacer referencia a los

debates actualmente anudados, en el interior mismo de la historia, sobre la definición, las condiciones y las formas de inteligibilidad histórica, donde

⁵⁹ SAMJEL, «Historia y teoría», en *Historia popular y teoría socialista* (1981), Barcelona, 1984, p. 48.

se encuentran formuladas, sin referencia alguna a la filosofía, numerosas preguntas totalmente filosóficas⁶⁰.

Para los filósofos, la «revolución metodológica» de la «nueva historia», con su crítica al concepto positivista de documento, no habría hecho desaparecer, en palabras de Ricoeur, «une illusion documentaire qui ne serait pas foncièrement différente de l'illusion positiviste qu'elle croit combattre»⁶¹. Los historiadores manifestarían una concepción «prekantiana» del conocimiento. Pero, además, «los nuevos historiadores» no habrían sido capaces de darse cuenta de que el relato histórico no es sólo una cuestión de estilo o de representación de los hechos. En palabras de White, al considerar el relato narrativo como producto del talento poético del historiador y disociarlo del «método» histórico de indagación a partir de los documentos, en el ámbito de los estudios históricos la narrativa no ha sido considerada ni como producto de una teoría ni como la base de un método⁶².

Sin embargo, toda historia, como muestra la historia de los hijos del capitán Grant, es una narración de hechos. Incluso la historiografía que rehaza la «vieja historia narrativa» porque la considera más «novelística» y «dramatizadora» que «científica», impone un discurso que «adopta una perspectiva que mira al mundo y lo relata»⁶³. Con este fin, en definitiva, la «nueva historia» inventa un *nuevo tipo de trama* que enjuga temporalidades heterogéneas y cronologías contradictorias, para relacionar estructuras, ciclos y acontecimientos⁶⁴. La «arquitectura de la historia», en frase de Rancière, siempre es la misma: han ocurrido una serie de acontecimientos a talo cual sujeto. Se pueden elegir otros: el poder real en vez del rey, las clases sociales, el Mediterráneo o el Atlántico, en vez de los generales o los políticos. No se enfrentará uno menos con el salto en el vacío contra el cual los rigores de una disciplina no aportan garantía: es preciso nombrar sujetos, atribuirles estados, afecciones, acontecimientos. A medida que la «nueva historia» de «la edad de la ciencia y de la democracia» se aleja de los sujetos tradicionales y de los medios de ve-

⁶⁰ ЦИХТИЕВ, "La historia o el relato verídico" (1987), en *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona, 1992, p. 63.

⁶¹ RICOEUR, *Temps et récit*, to 3, *Le temps raconté*, París, 1985, p. 216.

⁶² WHITE, *El contenido...*, op. cit., pp. 42-43.

⁶³ WHITE, op. cit., p. 18, donde diferencia entre un discurso histórico que narra y un discurso que narrativiza, en este caso, «que finge hacer hablar al propio mundo y hablar como relato».

⁶⁴ Lo pone de relieve RICOEUR en las páginas dedicadas a Braudel, en *Tiempo y narración. I-Configuración del tiempo en el relato histórico*, Madrid, 1987, esp. pp. 342-352.

rificación unidos a la «visibilidad» de los grandes acontecimientos y de los grandes personajes, se enturbia el sentido de lo que es un sujeto o un acontecimiento y la manera como se puede hacer referencia al primero o inferencia del segundo, ¿Cómo el rigor de las series estadísticas probará el enunciado según el cual la burguesía ha pasado por tal estado, el proletariado conocido tal evolución o el Mediterráneo vivido tal acontecimiento? ⁶⁵.

Por ello ningún historiador puede ahora ignorar el desafío de lo que se ha dado en llamar el *giro lingüístico* ⁶⁶ o, en un sentido más amplio incluso, por reproducir el título de un artículo reciente de Samuel, «el lenguaje de los signos» ⁶⁷. El *Lenguaje de Los signos* es, según el citado historiador, «uno de los legados más duraderos del pensamiento radical de los años sesenta», «Los últimos treinta años nos han brindado una extraña paradoja». Estamos en una época en la que el ámbito y objetivos de la indagación histórica han ido ampliándose, se han descubierto nuevas áreas de investigación y nuevas materias han reclamado la atención de los estudiosos, de tal modo que las nuevas actividades han renovado el quehacer de los historiadores. Pero al mismo tiempo los historiadores están cada vez más divididos por la multiplicación de las subdisciplinas y han permanecido inmunes a la duda epistemológica. Y ello ha ocurrido justo «cuando la posibilidad de indagación histórica empírica ha sido sometida a un ataque frontal sin precedentes». El método de indagación y el modo de argumentación de la historiografía siguen siendo los tradicionales, el valor fundamental de la historia -tanto si se considera un mero registro, como si se cree que es una representación de lo que ocurrió en el pasado- parece incuestionado. Las fuentes son todavía la autoridad última. «En términos de Derrida, la historia ha permanecido irredimiblemente logocéntrica, es decir, entregada a la tradición de la indagación racional, en la creencia (o asumiendo) que el mundo es un lugar conocible.» Frente a ello, desde la perspectiva posestructuralista que celebra, como señala Raphael Samuel, la creencia posmodernista de que «todo lo sólido se funde en el aire» ⁶⁸, los «significantes» dominan sobre los «significados», «mientras que la realidad

⁶⁵ RANCIERE, *op. cit.*, pp. 7-11.

⁶⁶ HOHTY, *El giro lingüístico*, Barcelona, 1990.

⁶⁷ *History W/wrks/wp*, núm. 32, otoño de 1991 (traducido en *Historia Contemporánea*, núm. 7, 1992, p. 56). La segunda parte ha sido publicada en el núm. 33 (1992).

⁶⁸ BERMAN, MARSHALL, *All That is Solid Melts into Air*, Londres, 1983. SAMUELS expone esta idea en pp. 51-52, 69-70 Y 72 de la primera parte de su artículo citado anteriormente (las páginas corresponden a la versión castellana).

exterior... está al acecho, inquieta, como una presencia fantasmal en un banquete, que va de mesa en mesa como un invitado no deseado a quien se le niega el derecho a hablar». El significado está en los ojos del observador y se va filtrando por tamices invisibles. «No existe la realidad “objetiva” que se pueda aprehender independientemente de sus representaciones.» Las contralecturas intentan librar al texto de cualquier referencia –**lo** que Derrida llama «la metafísica de la presencia»- y se centran fundamentalmente en el lector y la audiencia, en el lugar social y la identidad de las voces que compiten por el espacio narrativo.

Con todo, los «textos» no sustituyen al mundo exterior como objeto de conocimiento. Por más que tengamos conciencia de que el conocimiento está mediatizado por las estructuras lingüísticas que poseen sus objetos respectivos y se proyectan en discursos y/o relatos de una clase u otra, nada nos impide reconocer que hemos sido capaces de utilizarlas para saber más cosas «verdaderas» acerca del mundo. Si para plantear el viejo problema de un modo nuevo y acabar con la clásica dicotomía entre lo «objetivo» y lo «subjetivo» nos vemos obligados, como señala Hilary Putnam, a utilizar un lenguaje metafórico, dejemos que la metáfora, típicamente hegeliana, sea ésta: «la mente y el mundo construyen conjuntamente la mente y el mundo»⁶⁹. Esto permite desmitificar el problema del método científico, sin tener que retroceder hacia una subjetividad extrema.

La deconstrucción epistemológica del edificio de la ciencia –**por** seguir utilizando la imagen de Fernández Buey-, que parecía sólido en los años cuarenta y cincuenta, ha hecho que en este fin de siglo se estén extendiendo y radicalizando ideas que en su momento se contrapusieron al programa positivista de la ciencia⁷⁰. El «interaccionismo simbólico» de la escuela de Chicago, la «teoría de la praxis social» de Giddens, los desarrollos antipositivistas de la «teoría crítica» de la escuela de Frankfurt (Adorno, Benjamin, Habermas) y el «individualismo metodológico» unido a la problemática de la subjetividad⁷¹ han producido una demolición total del paradigma estructural-funcionalista en las ciencias sociales. En este nuevo clima epistemológico, los estudios históricos de los últimos decenios –**tal** como plantea Paolo Macry- no parecen configurar ningún paradigma his-

⁶⁹ PUTNAM, *Verdad e historia* (1981), Madrid, 1988, p. 13.

⁷⁰ Dos buenas introducciones a la situación actual pueden encontrarse en GIDDENS, A.; TURNER, J., y otros, *La teoría social hoy*, Madrid, 1990; y SKINNEH, Q. (comp.), *El retorno de la Gran Teoría en las ciencias humanas*, Madrid, 1988.

⁷¹ GOZZINI, «Dentro de la "scatola nera": individualismo metodológico e razionalita», *Meridiana*, núm. 10, septiembre de 1990, pp. 183-210.

toriográfico. Si se puede hablar de paradigma a propósito de la escuela histórica alemana del siglo XIX o de los *Annales* de Bloch y Febvre o de la braudeliana *longue durée*, la historiografía de este fin de siglo resulta menos cohesionada e identificable. La «historia científica» vivió una época de auge en los años sesenta y setenta. Dejó paso luego a una historiografía con una orientación antiestructural y anticuantitativa. A la crisis de la «historia científica» han contribuido el declive de la ciencia económica tradicional, la «historización» de las ciencias sociales y la crisis del marxismo, del estructuralismo y del funcionalismo. El lugar del análisis de los procesos «objetivos» estructurales ha sido ocupado por el mundo de los valores, de los comportamientos y de sus significados, la representación que la gente tiene de sí y de la propia realidad, las mentalidades colectivas, la cultura del pasado, la experiencia vivida... Los historiadores polemizan con los grandes conceptos -clase social, Estado, mercado- y las amplias periodizaciones utilizadas usualmente en la historiografía y prestan atención a contextos de pequeñas dimensiones, que permiten considerar el papel activo y consciente de los actores sociales. «Entre grandes modelos y propuestas microanalíticas, diagramas e indicios, sugerencias antropológicas y análisis socio-económico, el cuadro parece incierto, poco definido, *pre-paradigmático*» 72.

Más allá incluso de los *Annales* y de la escuela histórica alemana, lo que la «fragmentación» actual de las ciencias sociales y de la historiografía está destruyendo es un viejo proyecto. Se trata del proyecto de la Ilustración, que quería disponer de un saber histórico de carácter universal, raeional y metódico; un proyecto que mantuvieron, cada uno de un modo distinto, la filosofía de la historia de Kant o de Hegel, la historiografía tradicional del siglo XIX, la «ciencia social histórica» de inspiración positivista, marxista o weberiana y la «revolución metodológica» de la «nueva historia». Por eso en pleno derrumbe del viejo edificio de la ciencia, Foucault hizo un diagnóstico de la historiografía aparentemente similar al de Popper, pero en un sentido completamente opuesto. En palabras de Roger Chartier, la constatación más aguda de la fragmentación que ha producido el «trabajo efectivo de los historiadores» -**1**a investigación de los historiadores franceses de las décadas de los cincuenta y sesenta-, al romper con un pensamiento de la totalidad, la hizo Foucault en un conjunto de textos de fines de la década de los sesenta, tales como *La Réponse au Cercle d'Epistémologie* en 1968, *L'Archéologie du Savoir*

⁷² MACRY, *La società contemporanea. Una introduzione storica*, Bolonia, pp. 54-55.

en 1969 Y *L'Ordre du discours* en 1970 ⁷³. Pero en vez de defender la superioridad de la ciencia en relación con la historia, como había hecho Popper, Foucault cuestionó radicalmente el pensamiento científico y propuso *las genealogías* como anti-ciencias:

Una especie de tentativa de liberar de la sujeción a los saberes históricos, es decir, de hacerlos capaces de oposición y de lucha contra la coerción de un discurso teórico, unitario, formal y científico. La reactivación de los saberes locales -menores diría quizá Deleuze— contra la jerarquización científica del conocimiento y sus efectos intrínsecos de poder: ése es el proyecto de estas genealogías en desorden y fragmentarias ⁷⁴.

La reacción contra el sueño dogmático del normativismo a ultranza y contra la simplificación exagerada del mundo que ha realizado la razón tecnocientífica moderna tiene aspectos muy positivos. Hay que saber reconocer, detrás de ese sueño, una determinada ideología del progreso con todo su potencial destructivo e insensible al reconocimiento de la diferencia. Con los planteamientos de Thomas S. Kuhn en *La estructura de las revoluciones científicas* (1962), que abren el camino a una nueva imagen «relativista» y «pluralista» de la ciencia, y con el análisis de Foucault, que trata la ciencia como una forma de discurso implicado con el ejercicio del poder, no cabe duda de que es mucho lo que nos hemos alejado del discurso clásico «objetivista» sobre la ciencia y su método. Pero ello no conduce necesariamente a un escepticismo y a un relativismo extremo. No se trata de caer en el «subjetivismo» como alternativa, de oponer el saber de la experiencia al de la ciencia o de borrar las diferencias entre lo que es ciencia y lo que no pretende serlo. Los métodos de la ciencia son convenciones de diverso carácter que han sido adaptadas por grupos humanos a lo largo de una historia llena de accidentes y de caminos diversos. Pero el reconocimiento de la historicidad y de la pluralidad de un discurso «demasiado humano», como es el de la ciencia, no lleva a confundirlo con otras formas de discurso. Determinados procedimientos cuidadosamente controlados forman parte consustancial de un pensamiento racional, ordenado, crítico y sistemáticamente orientado hacia un ideal de objetividad, que es lo que llamamos ciencia. Hay que saber distinguir muy bien si la crítica al discurso del método pretende destruir el edificio de la ciencia o restaurarlo, porque no es lo mismo deshacerse del mito de una ciencia objetiva que eliminar el pensamiento racional guiado por el ideal de objetividad científica.

⁷³ CHARTIER, *El mundo como representación*, op. cit., pp. 67-69.

⁷⁴ FOUCAULT, *Genealogía (del racismo)*, Madrid 1992, pp. 23-24.

Para que los historiadores puedan participar en la reconstrucción del edificio de un nuevo tipo de ciencia no deben ser insensibles a toda la demolición que en el terreno del racionalismo se ha producido en los últimos veinte años. La investigación histórica empieza a absorber, a veces sin ser plenamente consciente de ello, el nuevo clima epistemológico de este fin de siglo. En el debate sobre «historia y posmodernismo», que un artículo de Lawrence Stone publicado en 1991 suscitó en las páginas de la revista *Past and Present*, Gabrielle Spiegel se muestra decididamente partidaria de una apreciación flexible de las formas en que el posmodernismo puede llegar a contribuir a redefinir la naturaleza de la investigación histórica y mejorar la práctica historiográfica, sin remitirse a las formas más extremas y polarizadas de esta corriente de pensamiento. De un modo ciertamente poético termina así su intervención en la polémica:

En resumidas cuentas, ¿qué es el pasado sino a la vez una existencia, ahora silenciada, existente únicamente como signo y en condición de tal atrayendo hacia sí cadenas de interpretaciones conflictivas que revolotean sobre su presencia ausente y compiten por la posesión de las reliquias, pretendiendo inscribir trazos de significado sobre los cuerpos de los muertos? ⁷⁵.

Por su parte J. Rancière considera que la historia ha de interpretarse por la forma poética de su escritura, que va unida al modo de historicidad según el cual los objetos son pensables, con el fin de explorar los múltiples caminos por los cuales pueden ser aprehendidas las formas de experiencia sin someterse al imperio maléfico del texto y de su deconstrucción, a la indistinción fatal de lo real y lo Imagmano.

Todo lo anterior, sin embargo, es perfectamente compatible con una nueva imagen de la ciencia. Como señalan Ilya Prigogine e Isabelle Stengers, la ciencia clásica nació en una cultura en la que dominaba la alianza entre el *hombre*, situado en la bisagra entre el orden divino y el orden natural, y *el Dios* legislador racional e inteligible, arquitecto soberano que nos había concebido a su imagen y semejanza. Estamos en la actualidad en un punto de convergencia de las tentativas de abandonar el mito newtoniano sin renunciar a comprender racionalmente el mundo. La ciencia de hoy escapa al mito clásico porque sabe que es imposible reducir la naturaleza a la simplicidad de una realidad regida por leyes universales. Por ello la cien-

⁷⁵ Hay traducción castellana en el número 1 de la revista *Taller de Historia*, Centre d'Estudis d'Història Local, 1^o semestre de 1993, pp. 59-73, la cita de SPIEGEL en p.71.

cia de hoy no puede adjudicarse el derecho de negar la pertinencia y el interés de otros puntos de vista, de negarse en particular a escuchar los de las ciencias humanas, la filosofía y el arte ⁷⁶. En el viejo modelo de ciencia el análisis cuantitativo triunfaba sobre la diversidad cualitativa y el devenir se convertía en apariencia.

Por el contrario, la ciencia auténtica actual... está ligada a una profunda conmoción de estos modelos de explicación... Nuestro mundo es un mundo de cambios, de intercambios y de innovación. Para entenderlo, es necesaria una teoría de los procesos, de los tiempos de vida, de los principios y de los fines; necesitamos una teoría de la diversidad cualitativa, de la aparición de lo cualitativamente nuevo ⁷⁷.

Desde la perspectiva de esta «nueva alianza», la historia de los «hijos del capitán Grant», en vez de ilustrar otra filosofía del saber científico en relación con la historiografía, nos ha servido para *situar en el tiempo* los diversos modos de concebir la historiografía en relación con la ciencia. El *tiempo de la historia*, como lo define François Chatelet, es simultáneamente «lugar de la sucesión, dominio de la Irreversibilidad y esfera de la diferencia» ⁷⁸. Por ello, la historia de «los hijos del capitán Grant» ha proporcionado distintos tipos sucesivos de discursos acerca del método. Los protagonistas del relato histórico constituyen un colectivo heterogéneo de pasajeros subido al navío del saber histórico, que forma parte de la variopinta flotilla de la ciencia. A lo largo de la interminable travesía, los tripulantes del navío siguen elaborando modelos para comprender los documentos y proporcionando teorías con las que producir y hacer inteligible un pasado que sólo existe en forma de restos, de signos, de trazos. Pero hacen más incluso que pensarlo racionalmente con un modelo clásico de ciencia. Privilegian -por decirlo en palabras de Michel de Certeau- la posibilidad de hacer revivir o de «resucitar» el pasado, para lo cual quieren «restaurer un oublié, et retrouver des hommes à travers les traces qu'ils ont laissées», lo que implica también un género literario propio: el relato ⁷⁹. El navío del saber histórico surca una y otra vez los océanos del pasado sin encontrar jamás al capitán Grant con vida. Pero cada viaje no resulta en vano: representa una *nueva*

⁷⁶ PRIGOGINE y STENGERS, *La nueva alianza. Metamorfosis de la ciencia*, (2.ª ed.), Madrid, 1990, pp. 78-84.

⁷⁷ PRIGOCINE, *¿Tan sólo una ilusión? Una exploración del caos al orden*, Barcelona, 1983, pp. 68-69.

⁷⁸ CHATELET, *Preguntas y réplicas*, México, 1989, pp. 48-49.

⁷⁹ CERTEAU, MICHEL DE, *1.écriture de l'histoire*, París, 1975, p. 47.

experiencia del pasado humano que jamás puede ser verdaderamente revivido. El interminable trayecto no sólo permite descubrir nuevos restos de naufragios; también replantea y reformula problemas fundamentales que se habían suscitado en los viajes anteriores y que se relacionan con la conciencia histórica de cada presente. Los tripulantes del *Duncan* no descubren una catástrofe única que amontona restos de naufragios, pero tampoco acontecimientos dispersos sin relación entre ellos. Su accidentado viaje a través del tiempo los obliga constantemente a reparar el barco para comprender mejor *la experiencia del cambio y de la tradición históricos*. Porque «los hijos del capitán Grant» han comprendido que no deben dejarse arrastrar por el huracán de una razón moderna que los empuje irremediamente hacia el futuro ⁸⁰.

⁸⁰ Como puede fácilmente comprobarse, la imagen final es un contrapunto de la novena «Tesis de Filosofía de la Historia» de BENJAMIN, *Discursos interrumpidos*, Madrid, 1990, p. 183, retornando y reinterpretando una vez más la historia de «los hijos del capitán Grant» con fines distintos a los de la *Teoría de la historia*, de A. HEILER.